



La atención de la pandemia del covid-19 profundizó la crisis del mercado laboral costarricense, que desde años atrás venía mostrando signos de deterioros importantes. Casi todos los sectores y grupos están afectados, directa o indirectamente, aún entre quienes por fortuna lograron conservar sus empleos.

La pandemia generó en pocos meses una precariedad extrema entre cientos de miles de hogares, como consecuencia del abrupto crecimiento del desempleo, la amplia suspensión temporal de los contratos laborales, la reducción de las jornadas y la paralización de diversos sectores económicos; lo que implicó una pérdida importante de muchos empleos formales e informales.

Desde el segundo trimestre del 2020, los resultados de la Encuesta Continua de Empleo (ECE) del INEC pusieron en evidencia los efectos de la pandemia. Al comparar los meses de abril-mayo-junio del 2020 versus el año anterior, se dio una pérdida de 437.938 puestos, de los cuales el 52,5% fueron mujeres (229.728), mientras que 208.210 hombres. El problema es que la cantidad de mujeres ocupadas (846.261) en el 2019 era considerablemente menor a los ocupados (1.336.934), por lo que el impacto es aún más significativo. Eso equivale a que perdieron su empleo el 27% de las mujeres versus el 16% de los hombres.

Pero quizás el dato más alarmante es el récord en el desempleo en el peor momento de la crisis: 24% de la fuerza de trabajo, el cual se duplicó con respecto al año anterior. La tasa masculina subió a un 20%, es decir, una de cada cinco hombres no tenía trabajo. En las mujeres llegó a un 30,4%, es decir, una de cada tres mujeres estaba desempleada.

Al desagregar la tasa de desem-

Crisis complica las oportunidades en el mundo del trabajo

pleo para diferentes grupos, ninguno escapó de los efectos de la crisis, sin importar sus condiciones previas (ver el gráfico). Los mayores porcentajes los ostentan las personas en edades que oscilan entre 15 y 24 años (42%), quienes tienen estudios universitarios sin título (25,8%), las mujeres (25,6%), la región Chorotega (25,6%) y las personas con educación secundaria completa (22,8%) o incompleta (25,3%). En el extremo inferior están las personas profesionales (11,7%), las menos afectadas. No hay que olvidar lo más importante: detrás de estas altas cifras hay rostros humanos angustiados por la situación que están viviendo.

La insuficiente creación de puestos venía incrementando el peso del empleo informal. El Informe Estado de la Nación 2020 publicó un estudio que amplía el concepto de informalidad utilizado por el INEC, e incorpora el incum-

plimiento del pago del salario mínimo, las jornadas insuficientes y la cobertura directa de la seguridad social, cuyos resultados muestran que esta problemática afectaba al 55,4% de las personas ocupadas -antes de la pandemia-; y aunque la incidencia es menor entre los trabajadores asalariados (43%), que entre los independientes (87%), en cifras absolutas dos de cada tres informales pertenecen al primer grupo. Además, es mayor en las microempresas (84%), lo que parece asociarse a la baja calificación y productividad. Aún así, un tercio de quienes trabajan en las grandes empresas experimentaba, al menos, un incumplimiento laboral en el momento previo al shock de la pandemia.

Otro tema que también publicó dicho Informe es que el surgimiento de nuevas formas de contratación, a raíz de las transformaciones productivas o

de las innovaciones tecnológicas, es un problema importante en el mundo del trabajo, porque muchas de las contrataciones se realizan al margen de la regulación laboral tradicional. Esta situación favorece la precarización del empleo y contribuye a incrementar la informalidad en las relaciones laborales. Muchas de esas formas de contratación no están, necesariamente, relacionadas con la subsistencia y la baja productividad. Pero se caracterizan por no estar adscritas a la seguridad social ni pagar impuestos en el territorio nacional.

Sin embargo, a pesar de los problemas, la crisis provocada por la pandemia también dejó prácticas positivas en temas laborales: el aumento del teletrabajo. Aunque esta modalidad se adoptó temporalmente en aquellos puestos que así lo permitían, para mantener el distanciamiento físico y controlar el contagio del covid-19, aún se requiere mejorar la regulación existente, de manera que logre consolidarse. La ECE del segundo trimestre del 2020 mostró que la población ocupada que realizaba labores en la modalidad de teletrabajo o exclusivamente vía internet en su hogar, representaba el 14%. De estos, el 52% eran mujeres y el 48% hombres. La mayor parte desempeñaba funciones profesionales y técnicas. Además, el 19% de las personas asalariadas iniciaron teletrabajo o aumentaron los días "teletrabajables" durante la emergencia sanitaria.

Otro aspecto que demostró esta crisis es que a mayor logro educativo, más oportunidades tienen las personas para acceder a empleos formales y de calidad mejor remunerados, los cuales en el contexto de la pandemia se transformaron rápidamente al teletrabajo, o en su defecto, se reinventaron y adaptaron a nuevas modalidades de funcionamiento y generación de ingresos. Entre más años de educación tenga una persona, en teoría acumula

más capacidades que le ayudan a entender con mayor facilidad lo que está pasando, acatar las medidas sanitarias de prevención y adaptarse a las nuevas circunstancias.

Finalmente, el año 2020 aceleró la virtualidad en todos sus ámbitos, como por ejemplo en el estudio, trabajo, compras, deportes, ocio y entretenimiento. Las personas que tenían conocimientos avanzados en tecnología también se vieron altamente beneficiadas. El reto de cerrar la brecha digital, que ya desde los últimos años se mencionaba como un desafío importante, quedó fuertemente evidenciado en la época de pandemia. De este modo, capacitarse en herramientas virtuales es una prioridad en los próximos años, sin importar la profesión o el tipo de empleo.

Las consecuencias de la falta de oportunidades que ofrece el mercado de trabajo repercuten en la calidad de vida de amplios sectores de la población. Aunque se desconozca el tiempo que le resta a la pandemia y la crisis que provocará en todas sus dimensiones, es seguro asumir que el impacto en materia social será devastador y generalizado. Habrá un retroceso en el desarrollo humano sostenible de Costa Rica, cuya magnitud y duración es difícil de predecir.

Pero también podría constituir una oportunidad si en los próximos años de recuperación de la crisis se aplican políticas que impulsen el crecimiento económico con equidad, que construyan un país más inclusivo, sostenible, dinámico, productivo, que genere mayor bienestar a todas las personas.

Agradecimiento

Natalia Morales Aguilar..
Investigadora Programa Estado de la Nación.

